

## MUSASHINO

### I

«Los últimos vestigios de Musashino<sup>1</sup> se encuentran en nuestros días en el distrito de Iruma». Leí esta afirmación en un mapa de principios del siglo XIX, que describía Iruma de la siguiente manera:

«El undécimo día del quinto mes del año 1333, los Taira y los Minamoto batallaron durante una larga jornada, en sucesivas escaramuzas, cerca del río Kume, en Kotesashihara. Al ocaso, el clan Taira se retiró seis millas para tomar posiciones junto a la orilla del río. A la mañana siguiente, el clan Minamoto avanzó con éxito hasta desbaratar las defensas del enemigo».

Con la idea en mente de que aquel campo de batalla podría ser una de las escasas reliquias de la antigua Musashino que había logrado sobrevivir hasta nuestros días, pensé en dirigirme allí, si bien al mismo tiempo albergaba cierta preocupación por lo que pudiera encontrarme al llegar. Fue hace más o menos un

<sup>1</sup> La mítica llanura de Musashino ocupa un lugar preeminente tanto en la literatura como en la historia militar japonesas. (*Todas las notas son de los traductores*).

año cuando concebí el proyecto de partir para conocer de primera mano lo que había subsistido. A medida que pasaban los días, el deseo se hacía cada vez más fuerte. ¿Me sería dado satisfacerlo? No digo que fuera imposible, pero en ningún caso iba a resultar fácil. El deseo de ver con mis propios ojos lo que quedaba de Musashino, tantas veces visualizada a través de cuadros y poemas, no era algo exclusivamente mío. Aunque confieso que tenía mucho interés por la Musashino actual, sospecho que habrá muchos otros a quienes les suceda como a mí.

Para empezar, decidí registrar por escrito mis sentimientos durante el otoño y el invierno que pasé allí. La primera sorpresa fue descubrir que Musashino era tan esplendorosa como debió de serlo en épocas pasadas. Obviamente, no era posible ya disfrutar de su antiguo esplendor, y puede que la hermosura del lugar me llevara a una conclusión exagerada. En vez de afirmar que era un bello paraje, quizá sería más apropiado decir que tenía muchos encantos.

## II

A falta de otros materiales, recurriré a las notas que tomé en mi diario. Cubren el periodo que va del otoño de 1896 a la primavera de 1897, durante el cual viví en una minúscula y destartalada casita en el pueblo de Shibuya. Fue durante ese invierno cuando surgió en mí plenamente el deseo de emprender el viaje, pero para ofrecer una panorámica completa, empezaré por las primeras entradas que escribí durante ese lapso:

*7 de septiembre*

Ayer y hoy, un fuerte viento del sur ha traído nubes que desaparecían tan pronto como llegaban. Eran chaparrones ocasionales, y cuando el sol lograba colarse entre los nubarrones, se veía el lustre fugaz de las copas de los árboles que se aprietan en el bosque.

Estas líneas describen un típico día de otoño en la actual Musashino. Los árboles otoñales verdean como en verano, pero los cielos, por el contrario, son completamente distintos, pues el habitual viento del sur trae nubes bajas cargadas de lluvia. En los intervalos de sol, los rayos caen a plomo sobre las copas y arrancan resplandecientes nubes de vapor. A menudo pensaba en lo hermoso que sería contemplarlo a vista de pájaro. Dos días más tarde, anoté lo siguiente:

*9 de septiembre*

El viento arrecia, y los sonidos del otoño llenan los campos. Las formaciones de nubes no terminan nunca su metamorfosis.

Durante el otoño de mi estancia en Musashino, el tiempo continuó tan inestable como ya he descrito. Los cielos y los campos parecían escenas de un cuadro en constante transformación. Cuando el sol asomaba, lo hacía con la fuerza del estío, pero el color de las nubes y el sonido del viento lo desmentían con su atmósfera otoñal. Todo resultaba de un encanto irresistible. En mi diario anotaba los detalles del comienzo

del otoño en la actual Musashino; y hasta las entradas que corresponden al final del invierno, los cambios constantes del paisaje no cesaron. Las que transcribo a continuación creo que muestran lo esencial de esas mutaciones.

*19 de septiembre*

Es temprano por la mañana. El cielo está cubierto y el viento ha amainado. Hay niebla, y la temperatura es baja a causa del rocío. Por todas partes se escucha el chirrido incesante de los insectos, como si el mismo corazón de la tierra se hubiera despertado de un profundo letargo.

*21 de septiembre*

El cielo otoñal está despejado. Las hojas de los árboles resplandecen como el fuego.

*19 de octubre*

Luna llena, que proyecta sombras negras sobre el bosque.

*25 de octubre*

Al amanecer, una densa niebla lo cubre todo, y no ha levantado hasta el mediodía. Por la noche, la luna se ha asomado entre los claros que dejan las nubes. Salí por la mañana a dar un paseo por el bosque sumergido en la bruma.

*26 de octubre*

A mediodía, paseo por el bosque. Me siento en un lugar junto al corazón de este sinfín de árboles; miro a mi alrededor, aguzo el oído, contemplo en silencio.

*4 de noviembre*

El cielo está alto, el aire limpio. Al atardecer, salgo a dar un paseo solitario a través de los campos batidos por el viento. Las montañas que anuncian la cercanía del monte Fuji recortan su negra silueta contra el cielo, donde las estrellas apenas parecen diminutos puntos de luz. Durante el crepúsculo, las sombras de los árboles parecían batirse en retirada para ser tragadas por la noche.

*18 de noviembre*

Camino bajo la luz de la luna. Azules cortinas de humo emergen del suelo; los pálidos haces fuliginosos se rompen contra los árboles.

*19 de noviembre*

El cielo está despejado, el viento es puro, el rocío fresco. Tan lejos como alcanza la vista, las hojas amarillas del otoño se mezclan con el verdor exuberante de los árboles. Los pájaros saltan de rama en rama. No hay rastro de otro ser humano mientras camino sumido en silenciosos pensamientos, y los pies me llevan donde quieren a través de los campos.

*22 de noviembre*

Cae la noche, el viento ulula entre los árboles. Al moverse, las hojas provocan una ilusión de lluvia, pero en realidad ha escampado hace rato.

*23 de noviembre*

La mayor parte de las hojas ha caído por culpa de la tormenta de anoche. La cosecha del arroz casi ha concluido. El paisaje empieza a presagiar ese aire decadente y baldío tan típico del invierno.

*24 de noviembre*

Algunas hojas resisten. Miro hacia las distantes montañas y mi corazón se inunda con el ansia y el anhelo de desvanecerse en ellas.

*26 de noviembre*

Las diez en punto. Fuera, el viento y la lluvia gimen con entusiasmo, respondidos tan solo por el constante goteo del agua. La niebla no ha levantado en toda la jornada, envolviendo el paisaje en un sueño eterno. A mediodía, he salido a pasear con el perro. Me he internado en el bosque y me he sentado mientras él dormitaba. Una corriente de aire se ha abierto camino entre los árboles, arrastrando consigo las últimas hojas. De vez en cuando, los chaparrones propios del otoño golpean las copas y las ramas. Una paz absoluta reina en el lugar. Las gotas mojan las hojas caídas.

*27 de noviembre*

Ha amanecido despejado, sin rastro de la tormenta de anoche. El sol se alza esplendoroso en el cielo, y mientras lo contemplo, de pie en la colina que queda detrás de la casita, alcanzo a ver el cono blanco del monte Fuji descollando entre los picos cercanos. Mañana apropiada para un amanecer de invierno, sin duda. Las acequias se han desbordado y el agua refleja la imagen invertida de los árboles.

*2 de diciembre*

La escarcha resplandece bajo el sol de la mañana con su ilusión de nieve; pero en seguida se cubre y aprieta el frío.

*22 de diciembre*

Primera nevada del invierno.

*13 de enero de 1897*

Bien entrada la noche, el viento cesa. Los bosques quedan en silencio. Nevadas ocasionales. Observo el exterior, alumbrándome con una lámpara. Los copos danzan resplandecientes a la luz del candil. ¡Ah, el silencio de Musashino! Aguzo el oído. Alcanzo a escuchar el sonido del viento, que se pierde entre los árboles. Su voz, quizá.

*14 de enero*

Una fuerte nevada ha hundido los espaldares de las vides. Durante la noche, el viento golpeó las copas de los árboles. Las ráfagas invernales barren los bosques de Musashino, una tras otra. Los copos de nieve se fundían al posarse sobre el tejado.

*20 de enero*

Una mañana preciosa, sin una nube en el cielo. Los carámbanos resplandecen con sus vetas plateadas. Pájaros diminutos revolotean sobre las copas de los árboles, en los extremos de las ramas puntiagudas.

*8 de febrero*

Los ciruelos han florecido. Por fin podremos disfrutar de fantásticas noches de luna.

*13 de marzo: medianoche*

Luna menguante. El viento pasa agitando la escarcha, al tiempo que hace cantar a los bosques.

*21 de marzo*

Once en punto de la noche. Escucho el viento, ahora cerca, ahora lejos. La primavera acecha, el invierno se bate en retirada.

### III

Según cuentan, en tiempos remotos Musashino resultaba de una incomparable belleza gracias a la infinita visión de los penachos de las plantas herbáceas que jalonaban la llanura. En nuestros días, han dejado paso a los bosques; de hecho, se puede afirmar que estos, compuestos en su mayoría de robles caducifolios que pierden todo su ropaje en invierno, conforman precisamente la actual estampa de Musashino. En primavera, un verde exuberante los desborda, y ese cambio anual de la desnudez al color puede observarse en toda la llanura, que se extiende unos cuarenta kilómetros hacia el este de la cadena montañosa de Chichibu.

A lo largo del año, ya sea con niebla, lluvia, bajo la luz de la luna, batida por el viento, anegada en la bruma o durante las primeras nevadas del invierno, Musashino ofrece una infinita galería de paisajes. Tal es su variedad que resulta inimaginable para los oriundos del oeste o del norte de Japón, incapaces de apreciar la belleza de los robles caducifolios. Cuando un autor japonés escribe sobre bosques, piensa sobre todo en pinos, de manera que la imagen de las lluvias tempranas del otoño cayendo sobre los robledales no existe en nuestra narrativa ni en nuestra poesía. Yo mismo provengo del oeste, y ya han pasado diez años desde que llegué a Tokio por primera vez para estudiar. Solo recientemente he empezado a apreciar la belleza de los bosques de hoja caduca, gracias a la lectura de un relato:

«Un día de mediados de septiembre, me interné en un bosque de abedules. Desde por la mañana caía una llovizna constante, pero en los intervalos en que aclaraba lucía un cálido sol. El cielo se mostraba caprichoso. Nubes de algodón se arrastraban por el horizonte hasta cubrirlo por completo, pero solo para agrietarse y abrirse en seguida, descubriendo así remiendos de cielo azul, brillantes como los ojos de un hombre sabio. Me senté a contemplar y a escuchar. Las hojas de los árboles sobre mi cabeza parecían enzarzarse en un ligero combate, y con solo escuchar sus crujidos hubiera sido capaz de adivinar la estación. No era la encantadora risa de principios de primavera, tampoco las suaves ráfagas del verano ni las interminables charlas agitadas del otoño tardío. No, era una melancolía susurrada que unas veces se oía y otras no. Como si la brisa ascendiera furtiva hacia las copas de los árboles. La madera, empapada bajo nubes y claros, no dejaba de cambiar de aspecto. A veces, daba la impresión de que todo en el bosque sonreía; los matices de rojo lo inundaban por entero. Abedules con apenas un hilo de vida se vestían de pronto de seda, con un renovado lustre. Hojas diminutas esparcidas por el suelo brillaban como el oro al atrapar los rayos de sol. Los gráciles tallos de los helechos se disfrazaban con el color de las uvas maduras; se enmarañaban y se enroscaban entre ellos sin fin, hasta que de pronto se descubría ante mis ojos un inesperado espacio abierto. En ocasiones, la escena adoptaba un aspecto sombrío,

y en un solo instante perdía todo su color. La llovizna caía entonces de un modo extraño, como en un susurro, y envolvía los abedules en una especie de resplandor blanco, igual que el de los rayos de sol al rebotar sobre la nieve. Aunque el lustre de sus hojas se desvanecía, resultaban aún más verdes que las de los jóvenes robles, coloreadas de rojo y oro. Cuando los tímidos rayos de sol lograban atravesar la neblina, alcanzaban las ramas mojadas y las hacían brillar».

Se trata de un pasaje extraído de la traducción de Futabatei Shimei<sup>2</sup> de *El encuentro*, de Iván Turguénev. Fue la fuerza de la descripción lo que me permitió por primera vez apreciar la belleza de los bosques caducifolios. Describía una estampa de Rusia poblada de abedules, y no de robles como en Musashino, pero las llanuras donde abundan los árboles de hoja perenne tienen siempre algo en común. Se me ocurrió que si los árboles de aquel lugar fueran pinos, en lugar de robles, resultaría monótono, carente de gradaciones de color. No habría nada que celebrar con el mismo entusiasmo. Al tratarse de robles, las hojas toman los colores del otoño a medida que caen de los árboles. Las primeras lluvias les hacen susurrar, y aúllan con los vientos del invierno. Cuando las ráfagas alcanzan las cimas de las colinas, miles de hojas alzan el vuelo hacia el cielo, como si fueran bandadas de pájaros diminutos. Una vez que todas han caído, se encuentra uno rodeado, kilómetro tras kilómetro, de árboles desnudos

<sup>2</sup> Futabatei Shimei (1864-1909), novelista y traductor de literatura rusa.